

THE EXHAUSTED SOLDIERS, SLEEP-  
LESS FOR FIVE AND SIX DAYS AT A  
TIME, ALWAYS HUNGRY FOR DECENT  
CHOW, SUFFERING FROM THE TROPICAL  
FUNGUS INFECTIONS, KEPT FIGHTING!



El ataque  
de los  
escritores del

Sí



Las ilustraciones de *El ataque de los escritores del Sí* son de Roy Lichtenstein y Tino Gatagán

# ¿Por qué?

“- Spunk, de verdad, ¿quién es usted? – le pregunté un día.  
- ¿Yo? ¿Qué quién soy? – meditó un instante -. Yo llevo cabezas de ganado  
a través del territorio hacia los mejores pastos. Sé cazar bisontes.  
Disparo deprisa. He atravesado el desierto cinco veces...  
Él era así. Le preguntabas quién era y te contaba lo que hacía”

Rafael Reig, *Sangre a borbotones*

¿Por qué? Una respuesta fácil para una pregunta difícil: yo quería publicar y me dijeron que no. Una respuesta menos fácil: yo quería sentir la diferencia entre el ser y el estar, quería sentir que todavía podía parecerme a ese yo ideal, intachable, inalcanzable... increíble, del que tantas veces me he sentido prisionero. Ya, pero ¿por qué? Por qué escribir, por qué convertirme en un escritor del Sí. Si pudiera responder con certeza sabría por qué estoy en un lugar tan alejado del espacio que ocupa aquél que siempre quise ser. Y si lo supiese, quizá podría volver a... bueno, ya ves, la respuesta puede ser muy sencilla, pero también muy complicada.

*El ataque de los escritores del Sí* es un conjunto de pequeñas historias, un artículo de fragmentos, un puzzle del trabajo en una librería al que sin duda le faltan algunas piezas, pero espero que te agarre desde la primera línea y te haga pasar un buen rato. . Gracias por estar y por ser.

Joaquín Armada Díaz

**¿Qué es una librería?** Una librería es un ser vivo. Su piel multicolor cambia cada día conforme los libros llegan, se colocan, se venden o se mandan al olvido. Una librería es una selva; un dependiente, un explorador; un cliente, un cazador que financia la expedición en busca del libro perdido. Una librería es un sitio donde los libros se unen para hacerse invisibles. Una librería es todo esto y mucho, muchísimo más. Una librería es un retrato fracturado de mi propia vida y de la vida de las decenas de personas que diariamente caminan por sus pasillos y encuentran, o pasan a su lado sin verlos, los libros que les han hecho ser como son, los libros que leyeron, regalaron, compraron o siempre quisieron leer.

## El ataque de los escritores del **SÍ**

Trabajar en una librería significa **buscar y encontrar**, y para tener éxito en las decenas de búsquedas diarias hay que poseer un mapa interior que te permita saber dónde está un libro. Y no hay mil o dos mil, sino más de veinte o treinta mil títulos distintos. Normalmente, el dependiente tiene suerte, encuentra el libro que el cliente le ha encargado y lo vende. ¿Cuántos libros no pasan del olvido anónimo de la tienda al olvido bautizado del cuarto de estar, del despacho, de la habitación del niño, de la chica deseada que lee la dedicatoria cursi, previsible, y esboza una sonrisa de compromiso...

Ayer encontré **un libro de 1976**. ¡¡1976!! ¡Imposible!... ¿una alucinación? Todos los días decimos a varios clientes que ese libro que nos ha pedido ya es viejo... porque tiene tres o cuatro años. Y, sin embargo, ahí está un superviviente nato, que no ha sucumbido al

destino mortal de la guillotina y que, como si fuera una serpiente, ha cambiado su piel deteriorada por una rejuvenecida y llena de color. Pero el título me hace dudar: *“Fluyan mis lágrimas, dijo el policía”*, una novela de Phillip k. Dick. ¿Y si cómo escribió Dick nosotros estamos muertos y él está vivo? ¿Y si en realidad lo raro no es que haya encontrado este libro de 1976 sino que todos los demás sean del 2002?

Los libros cuentan siempre historias, apasionantes, increíbles, basadas en hechos reales, es decir, ficticias por error... pero en ocasiones, cuando todos los clientes de la librería compiten por escapar lo más rápido posible de la selva y lanzan sus peticiones al unísono, los libros se convierten en **objetos rectangulares**, como un paquete de café, de cereales o de pañuelos. El libro más hermoso es sólo un conjunto de páginas atrapadas entre dos cartones si uno no lo ha leído: mercancía, sólo mercancía. Quizá por eso las librerías se parecen cada vez más a los supermercados.

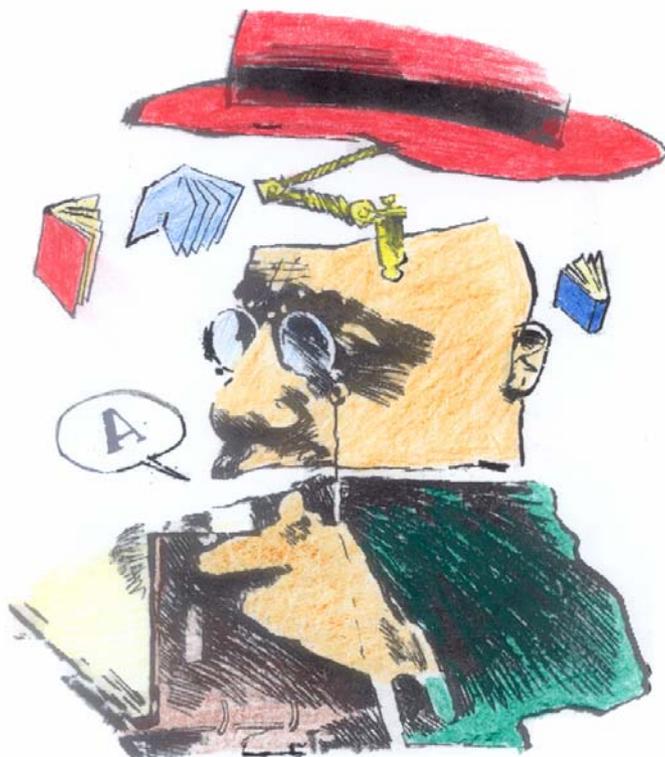
En España se editan cada año casi 60.000 libros, un número que indica que muchas editoriales son auténticas fábricas y que los libros, en general, son objetos de consumo. Todos los días llegan varias **novedades**, diez, quince, ¡veinte incluso!, pero el espacio de la librería es cada vez menor, así que la llegada de un nuevo libro significa la muerte de un título que sólo treinta días antes había matado a otro texto... Una locura, los libros desaparecen sin que el lector se entere de que han sido publicados, sin que el lector de verdad tenga tiempo para comprarlos y... leerlos. ¿O no se publican los libros para ser leídos?

No, los libros se publican para regalarse. “¿Puede envolverlo en papel de regalo, por favor?” “Sí, por supuesto”. Algunas señoras, que son muy educadas, sustituyen el “por favor” por “un poquito”: “Puede envolverlo un poquito”. Si has tenido un día marrón,

que como sabemos gracias a Holly Collighity es un mal día pero un día mejor que un día rojo, te dan ganas de **envolverlo "un poquito"**, digamos lo suficiente para que la amiga, el amigo, el marido, la suegra, la hija... puedan conservar la emoción de no saber completamente qué libro le van a regalar. Envolver sólo el título, o tapar el nombre del autor... ¡tachán, qué emoción!

Cuando un cliente te pide que le envuelvas un libro en papel de regalo estás perdido. El siguiente cliente, que ha observado minuciosamente la operación, te sonrío y cuando le dices el precio te dice: "¿podría envolverlo en papel de regalo?" Lo dice educadamente, pero con la certeza que te da saber que que te envuelvan tu libro en papel de regalo es un derecho que tienes. Tengo la sospecha de que algunos de estos **clientes** no tienen ninguna intención de regalar el libro que han comprado y que harán pedazos el envoltorio nada más salir de la librería, felices por el regalo que se han hecho (semanas después de escribir estas líneas un compañero me contó la historia de un cliente que les hizo envolver los libros que compró porque "le hacía ilusión romper el papel de regalo" y ver qué libros se había "autorregalado").

En todo comercio, **la Navidad** es para el dependiente una guerra, un combate, una lucha casi cuerpo a cuerpo, en la que el mostrador se convierte en un parapeto, una trinchera desde la que protegerse de las preguntas que los clientes lanzan sin interrupción, entrecruzando frases y deseos. En plena campaña navideña le pregunto a un cliente si quiere que le envuelva el libro, una pregunta retórica claro: "No, gracias, prefiero envolverlo en casa, con mi propio papel, me parece más personal y demuestra que además de pensar en un buen libro has dedicado cierto tiempo a preparar el regalo". Me encantó, porque yo también pienso así. Si la tienda llega a ser mía, le regalo el libro.



500, 400, 350 títulos de un único libro, una novedad literaria de un escritor consagrado, o de un poeta cantante, como Sabina. Llegan una mañana apilados en banastas, se colocan en pilas o en aparatosos expositores, pequeñas montañas que destacan en la frondosa selva de libros. Pongamos quizá 2.000 ejemplares de cinco, seis títulos... lo que significa que la librería supera una línea invisible y se ve obligada a devolver otros títulos olvidados por los lectores desde hace meses o quizá un año. Como en las selvas verdaderas, la **biodiversidad** también está en peligro en las librerías. Todas vendiendo el mismo puñado de libritos, "sí, pero nosotros fuimos previsores y tenemos ejemplares para todas las Navidades, los venderemos todos, seguro".



“Lo siento, señor, pero el libro que me pide esta descatalogado”. Pronuncio la palabra maldita separando cuidadosamente las sílabas, como mi inolvidable Humbert Humbert al comienzo de su historia de amor incomprensida: “des-ca-ta-lo-ga-do”. Tres, cuatro, cinco veces al día pronuncio o escucho esta palabra. El cliente la recibe con desilusión, “pensé que ustedes lo tendrían, sabe, es que, si no lo tienen ustedes no sé dónde puedo encontrarlo”. “Bueno, quizá en la Cuesta de Moyano, o en alguna librería de ocasión, si tiene suerte claro”. El cliente se marcha resignado, aunque más de uno volverá a preguntar unas semanas o un mes después, porque quizá el dependiente no sabía o no quería buscarle el libro, quién sabe. ¿Cuántos libros son asesinados cada año por sus propias madres y convertidos en pasta de papel? Los almacenes son demasiado caros, dicen los editores para justificar la ejecución de sus hijos “y, nosotros, Nosotros, no saldamos, no esa no es nuestra política”. Querrán decir economía.

Ha muerto **José Hierro**, uno de los poetas que más me han emocionado. Muere el poeta, rodeado de premios y amigos, y los clientes llegan a la librería para pedir sus libros, y los diez o doce ejemplares que tenemos en la librería se agotan enseguida, y durante unos días repito la misma frase: “No, no tenemos ningún libro de Hierro. Todo agotado”. Y recuerdo a Joaquín, el alumno al que regalé mi antología de Hierro que nunca volví a comprar. Unos días después mi amigo Eduardo me cuenta su visita al bar en el que Hierro escribía sus poesías, un bar de barrio en el que entre cañas y cigarrillos creó el poeta su retrato del mundo.

Imagino un futuro ideal. La máquina que guarda en su interior todos los libros. Podía ser el argumento de uno de los cuentos de Bradbury. El cliente llegaría a la librería y pediría, por ejemplo, “Memorias de un librero”, de **Héctor Yánover**, el mejor de los libros escritos por libreros que he leído (y también el único). “¿Lo quiere

con tapa dura o en rústica?" "Bueno, es para un regalo, sabe, ¿cuánto cuesta con tapa dura?" "El doble que en rústica". "Bien, entonces en rústica, pero envuélvalo en papel de regalo por favor". Y en apenas unos minutos el libro saldría de la máquina recién impreso, encuadernado y listo para ser leído, con la cubierta elegida por el propio cliente y la dedicatoria de regalo impresa en las guardas: "Con cariño Ana, por lo que tú ya sabes. Alberto". Decenas de personas llegan cada día a una gran librería para pedir libros que están agotados. A veces hay suerte y libros tan excelentes como "*Las armas y las letras*", de Trapiello, vuelven a reeditarse, pero muchos otros libros, y algunos reclamados no por una o dos personas sino por varias decenas, no tienen esa suerte. Sería un gran invento, de verdad.

¿Cuántas veces me han pedido "*La Náusea*" de Sartre? Cinco, seis, siete veces en dos o tres meses. Siempre chicas y chicos que rondan los veinte años y que vuelven a redescubrir el existencialismo del París de la Rive Gauche, al fin y al cabo el Sísifo de Camus seguirá siempre empujando la misma piedra por la ladera de la misma montaña (aunque creo que la cuesta es cada vez más empinada y Sísifo está cada día más cansado). Pero "*La Náusea*" de Sartre es, hoy por hoy, inencontrable, sí, imposible de adquirir en una librería. Camus ha tenido mucha más suerte que Sartre, a pesar de que para algún pensador francés el XX haya sido el siglo de Sartre. "No, está agotada, pero prueba en los quioscos, EL PAÍS acaba de publicarla". Los periódicos haciendo el trabajo de las editoriales.

Frente al asesinato editorial de Sartre - o mejor, de su pensamiento, porque "*Las palabras*", su obra autobiográfica sí se puede encontrar en las librerías - uno de los auténticos fenómenos editoriales del año es la resurrección de **Stefan Zweig**. Su obra nunca llegó a desaparecer de las librerías gracias a las pequeñas y baratas ediciones de Juventud, pero ahora volvemos a



ver a Zweig en el borde de El Acantilado, mirando indefenso las olas que van a arrasarse la Europa que tanto ama. Los libros de Zweig llegan en continuas y pequeñas cantidades y desaparecen de la tienda a los pocos días. Envueltas en las elegantes tapas negras de cartón, impresas en un buen papel y con un cuerpo de letra adecuado que facilita la lectura a su público de mediana edad, “*El mundo de ayer*”, “*Los ojos del hermano eterno*” o sus “*Momentos estelares de la humanidad*”, se han convertido en libros de largo recorrido, con la venta continua que caracteriza a los clásicos. ¿Por qué Zweig y por qué no Sartre? ¿Sólo por una atractiva edición?

**Ian Gibson** entra en la librería y pide varios libros de Cela. Le pregunto si piensa escribir un libro sobre el escritor gallego. “Puede. ¿Se leen sus libros?” “Bueno, son lectura obligatoria para los estudiantes”. “Sí, claro, pero, además de los estudiantes, ¿Cela tiene otros lectores?” Y contesto mi verdad: “Pocos”. “Ya”, contesta Gibson con un gesto que demuestra su poco entusiasmo por el ganador del Nobel. Es fácil comprenderle, al fin y al cabo, es difícil volver a encontrar un personaje tan mítico como Lorca. Bueno, en la literatura española del siglo XX, imposible.

Ser un **currito** en una gran librería tiene algunas ventajas, como las sorpresas que a veces te ocurren al vaciar las banastas por la mañana. Casi diariamente, ocho o diez cajas de plástico, a las que todavía llamamos banastas, llegan repletas de libros, reposiciones de ejemplares vendidos y novedades. Hoy, he encontrado en las banastas un libro maravilloso: ¡El “*Libro del desasosiego*” de Pessoa! Tomo un ejemplar en mis manos y siento una hermosa sensación, quería leerlo desde hacía tanto tiempo... No, miento, no quería leerlo, quería tenerlo, poseerlo en una edición tan hermosa como la que ha realizado El Acantilado. Y encima el responsable de esta fantástica

sorpresa tiene nombre de heterónimo pessoano: **Perfecto Cuadrado**.

Unos días después de escribir estas líneas encuentro en las *Memorias* de Yánover este párrafo: “El triunfo supremo de un artista se produce cuando, al leer sus obras, el lector prefiere tenerlas y no leerlas...” **Releer**, esa es la cuestión.

De forma muy amable, Jordi Doce ha rechazado mi artículo. “Me gusta, pero es demasiado largo... sólo se lo podría publicar a Enrique Vila-Matas”. Y aquí estoy, después de que me digan que mi artículo es demasiado largo, escribiendo una nueva nota. Hay una explicación y es que gracias a Doce y sí, tengo que admitirlo, a Sánchez Dragó, he descubierto un libro excepcional y apasionante, al que este texto está unido: “*Bartleby y compañía*”. En este original libro de notas, **Vila-Matas** nos habla de los fascinantes escritores del No, autores que después de publicar una obra maestra, o sólo un gran libro, nunca más volvieron a escribir, o a publicar. La originalidad del libro de Vila-Matas se encuentra en que sus reflexiones son las notas numeradas de un texto inexistente. Quiero creer que cuando Doce me citó a Vila-Matas estaba pensando en su *Bartleby*. Si es así, gracias Jordi. Y, si Vila-Matas era sólo un sinónimo de escritor consagrado, gracias por llevarme de la mano hacia el nombre de mi vocación: “periodista del No”, una vuelta de tuerca más en la fascinante tribu de los escritores del No.

“*Bartleby y compañía*” es una brillante reflexión sobre el por qué de la escritura. ¿Por qué escribir? ¿Para qué? ¿Para quién? Vila-Matas intenta encontrar la respuesta, y no la encuentra, quiero decir que no encuentra una sino muchas, lo que permite que el misterio continúe. En su nota 77, Vila-Matas recuerda su visita a un viejo **Julien Gracq** que después de dejar de creer en la revolución había abandonado su fe en la novela y,

quizá como un paso previo al abandono definitivo de la literatura se había refugiado en una escritura fragmentaria, como la de Vila-Matas en *Bartleby*. El viejo y decepcionado Graq tenía una respuesta para explicar el origen de los escritores del No: “Estoy solo, pero no me quejo. El escritor no tiene nada que esperar de los demás. Créanme. ¡Sólo escribe para él!” Graq, después de dejar de creer en la literatura, ya no creía en nadie.

¿Y qué hacen **los escritores del No** en este artículo sobre librerías? Bueno, quizá porque este artículo empieza a ser otra cosa, tal vez, pero sobre todo porque los escritores del No de Vila-Matas me han recordado a los escritores del Sí. ¿Quiénes? ¿Todos los demás? No, digamos que la normalidad literaria, el centro de la literatura, está habitada por los escritores: de novelas, de ensayos, de libros necesarios y útiles o de libros muy muy innecesarios e inútiles, pero en todo caso, escritores que escriben y publican. Y en sus extremos, como en el mapa de un cartógrafo griego de la mítica Alejandría, existen dos tierras desconocidas, pobladas por personajes marginales o marginados: la tierra de los escritores del No y la tierra de los escritores del Sí.

**Los escritores del Sí** tienen nombres y apellidos, pero nadie los recuerda; su cara y sus ropas pueden parecer las de un habitante del país de los escritores, pero nadie es capaz de reconocer su rostro. Son totalmente invisibles, no sólo para el común de los lectores sino, ¡ay, aquí está su gran maldición!, para los editores. Esa desgracia es la que caracteriza a los escritores del Sí, hombres y mujeres inquietos que ante la ceguera de los editores han decidido publicarse a sí mismos y distribuyen por las librerías sus propias obras para que sus palabras no queden sepultadas en el disco duro de su ordenador o en su intangible página web.

“Hola, buenas tardes”. “Buenas tardes”. “Verá, hace unas semanas dejé unos libros en **depósito** y quería

saber si les queda alguno”. El dependiente, que ha leído mucho antes de entrar a trabajar en la librería pero que, no lo olvidemos, sigue siendo un novato, no tiene ni idea de qué quiere decir este cliente. De hecho, aquí está su primer error: ¡Este señor no es un cliente! ¡El dependiente tiene delante de sus ojos a uno de los extraños y fascinantes habitantes de la tierra de los escritores del Sí! Pero, como no lo sabe, el dependiente se limita a ganar tiempo para descubrir qué es lo que realmente quiere saber el falso cliente. “¿Cómo se titula el libro?” “*Aznar, un hombre malo*” “Nos quedan cuatro”. “¿O sea, que no se ha vendido ninguno?” “Bueno, no lo sé”. “¿Cómo que no lo sabe? Dejé cuatro, quedan cuatro, no se ha vendido ninguno”. “¿Dónde están colocados?” “Bueno, supongo que en la sección de sociología y política”. El dependiente ha descubierto por fin que este señor no es un cliente y mientras le acompaña a la sección de política, rezando al desconocido santo de los libreros para encontrar los cuatro ejemplares de este libro invisible, se sorprende de que una gran librería acepte “libros en depósito”. Quizá sí estamos en 1976.

Los escritores del Sí son siempre un poco **desconfiados**. No todos tienen la culpa de esta cualidad: el rechazo continuado les ha hecho así. Nuestro falso cliente ha encontrado la razón de que después de un mes no haya vendido un solo ejemplar de su libro: están mal colocados. Y, bueno, tiene parte de razón. Después de cuatro semanas sus libros han abandonado la mesa de novedades y han pasado a un segundo lugar destacado... donde sólo auténticos clientes aventureros podrían encontrarlos. El escritor del Sí se marcha decepcionado, pero con la secreta decisión de volver. Y unos días después, encuentro uno de sus libros en la mesa de novedades, de pie, firme, como la voluntad de su autor, intercalado entre las más o menos lujosas ediciones de los escritores de la Tierra Media, como un pequeño monolito erigido para honrar a los escritores del Sí.

No recuerdo el nombre de aquel abnegado escritor del Sí, pero sí el de uno de estos extraños habitantes de la tierra de la escritura. **Canario** escribe versos y, como un poeta de la tierra de los escritores medianos, su barba y su melena son tan blancas como las de un viejo sabio. Creo que Canario debe ser uno de los escritores del Sí más conocidos, aunque sigue siendo invisible para los editores. La causa de la pequeña fama de Canario está en su particular forma de distribuir su obra. "Si las editoriales no me quieren, si las librerías no me aceptan, no importa. ¡Iré directamente a por mis lectores!" Hace ya muchos años que Canario debió de tomar esta decisión y sospecho que hasta sus últimos días saldrá a la calle a vender sus pequeños libros de poemas, ajeno a cegueras y críticas, deseando encontrar lectores para sus versos.

Camino por la Cuesta de **Moyano** un sábado gris de febrero. Ya no trabajo en la librería, por eso esta mañana de sábado me pertenece. Por eso estoy aquí, después de muchos años sin venir, en esta inmensa librería al aire libre que es Moyano. Durante años compré en sus casetas de madera decenas de libros en oferta. Andrés Trapiello ha encontrado en estas pequeñas librerías auténticos tesoros. Yo no soy Trapiello y los tesoros pasan delante de mis ojos sin que sea capaz de reconocerlos, pero hoy he abierto las páginas de un viejo libro, "*Sociología*", de Wiesse. Lo editó Labor en 1928 y un día perteneció a Ignacio Aracil, para mi un auténtico desconocido. Ignacio Aracil escribió su nombre común y su apellido inolvidable en la primera página del libro. Y escribió una fecha, IX- 37. En el interior del libro, he encontrado un modesto marcapáginas: ¡un billete de la SOCIEDAD MADRILEÑA DE TRANVÍAS INTERVENIDA POR EL ESTADO! El billete costó 15 céntimos y es un pasaje para viajar en el tiempo. ¿Quién fue Ignacio Aracil? ¿Cómo era su vida en el Madrid de 1937? ¿Sobrevivió a la guerra?... decenas de preguntas sin respuesta. Los libros, en esta parada final que es Moyano, conservan

junto a las manchas del tiempo amarillo trozos de la vida de sus dueños, que los hicieron suyos al leer sus páginas y dejar entre ellas un modesto billete de tranvía.

En algún artículo de Alberto Manguel – por cierto, el corrector de erratas de mi procesador se empeña en convertirlo en Alberto Manuel, nombre de un desconocido pero posible cantante de **boleros** – he leído que uno puede reconstruir su vida a través de sus libros. Siempre sentí lo mismo, y aunque tengo muchísimos menos libros que este amante sin límites de la literatura casi todos me recuerdan mujeres y risas, amigos y dudas, olores, voces, días de sol que seguramente fueron de lluvia y decenas de personajes que fueron quien soy ahora. Cuando camino por los pasillos abarrotados de una librería no puedo evitar que, a veces, sólo a veces, mi vida salte de los libros que leí o que compré para leer en un futuro y vea a la mujer que más amé tumbada en la hierba o escuche la voz apasionada de mi mejor amigo, recuerdos anclados en los libros, boleros intuitivos que cantan los temas eternos.

Para Enrique Vila-Matas,  
generoso lector, por  
romper las fronteras entre  
la vida y la literatura



1998. Aquí estoy, delante de la mítica librería de Silvia Beach, en un frío y lluvioso invierno parisino. La foto salió tan mal que ni siquiera está guardada en un álbum, pero precisamente por estar tan borrosa me parece que éste es su auténtico lugar



[joaquin\\_armada@yahoo.es](mailto:joaquin_armada@yahoo.es)